

migos; que inaugura una suerte de dictadura protestante sobre el mundo, aseguran otros observadores de la política contemporánea. En un gran discurso sobre el Protocolo, exclamaba M. Boncourt: «Creo en el valor de las fuerzas morales». Se imagina construir sobre sólidas realidades, ser el arquitecto de un templo severo en sus líneas, como conviene a la religión calvinista, pero que está destinado a perdurar. Desde ahora, le parece irremplazable el medio internacional creado por el tratado de Versalles. Si triunfan las izquierdas en el mundo, se instalará definitivamente esta comunidad de estados contraria a la anarquía, al equilibrio inestable y a la guerra. Según M. Blum, no es nueva la idea que ha presidido a la constitución de esta Liga. Jaurés pensaba en ella. Nadie podrá suprimirla en el futuro. No se concibe, en efecto, un orden de relaciones humanas sin la Carta Internacional del Trabajo.

También el mariscal Foch manifiesta serenamente su opinión. «Nada más deseable que instaurar el reino de la justicia, escribe. La guerra es una atroz profesión. Nada más terrible que derramar sangre y destruir riquezas. Todo hay que ensayar para evitar que vuelvan estas calamidades». A cuantos acusan a los directores de la guerra de aceptar complacidos esta función, declara perentoriamente que la Sociedad de Naciones le parece una idea generosa. Mientras se hace, con el tiempo, eficaz su acción, cada pueblo debe confiar en sus propias fuerzas para garantizar la paz. Actualmente carece esa institución de medios para imponer sus decisiones, de legiones al servicio de la justicia o de la paz. Según el mariscal, para que se conserve intangible el orden creado en Versalles, conviene acordar a las grandes potencias un voto preponderante en sus consejos.

Los combatientes, creen, como el gran general, en la obra de Ginebra. Los escritores sonríen pero no la combaten. En la Universidad, según su rector, conquista a muchos estudiantes. De un antiguo diputado, que es también vigoroso polemista, se cita una frase irónica y feliz. Para excusar los extravíos de la mocedad, dicen los franceses: *il faut que jeunesse se passe*. Daudet ha escrito: *il faut que Genève se passe*, que termine esta crisis de juventud y de optimismo.

Los católicos, en fin, recuerdan que el presidente Wilson y sus amigos protestantes pretendían desconocer la autoridad histórica del Papado y atribuir a la Sociedad de Naciones la función de aquél. Pronto fracasó esa ambición y surgió, en un lugar de un Superestado universal, una organización prudente que se ha limitado a fortalecer los vínculos jurídicos entre las naciones, o sea, «muy burguesamente, una conferencia de La Haya perfeccionada».

En suma, a pesar de los profesores de desencanto, a Ginebra van las más nobles esperanzas humanas. La Sociedad y el Consejo viven, resuelven cuestiones precisas, organizan admirables encuestas, como aquella sobre la producción; crean, en torno a todos los problemas, una atmósfera internacional—atención, ambiente, simpatía—multiplican testimonios e investigaciones, protegen a las minorías, vigilan los preparativos de guerra, alejan conflictos, extienden la acción del arbitraje, ponen los fundamentos de una vasta cooperación intelectual, sugieren consideraciones de humanidad a quienes emplean y remuneran el trabajo. No crean la paz, pero evitan la guerra. Otra ambición parece quimerista; cualquiera otra tentativa, superior a los poderes del hombre, a esta raza de tinieblas, efímera y sin consistencia, decía Aristófanes a los atenienses que discutían de la guerra y de la paz. (1)

(El Comercio, Lima).

París, abril de 1925.

(1) He recibido de los editores George Allen y Unwin, de Londres, un pequeño libro que recomiendo a cuantos se interesan por la obra de la Liga de las Naciones. En este estudio intitulado *The World's Industrial*

El Estudiante

=Tal es el título de una Revista de la juventud escolar española que ha comenzado a publicarse en Salamanca. Tenemos a la vista el primer número. Damos a continuación el prospecto y una hermosa carta de Unamuno a la estudiantina.=

El Estudiante de Salamanca es clásico en las letras románticas españolas. Nuestra Universidad, símbolo ante el mundo de la Universidad patria, es nombre evocador de tunas y de torneos, de los nobles devaneos y holganzas del hidalgo escolar. Los estudiantes salmantinos de hoy creen que ha llegado la hora de liquidar con esas sombras engañosas de otro siglo. Se sienten ahogados bajo estas reliquias románticas de un pasado muerto que los enemigos de la verdadera Universidad se esfuerzan por mantener en pie como un espectro que cierre la senda del presente vivo y el porvenir fecundo. Saben que el querer retener el pasado en cuanto pasado y exaltarlo al altar de lo «glorioso» y lo «santo», es siempre instrumento de reacción o de estatismo; que las grandes tradiciones de la historia son cadenas que aherrojan el espíritu del pueblo que no sabe incorporarlas como caudal circulatorio al progreso incesante de los tiempos. Y aspiran a que la Universidad de hoy (la salmantina y la española) sea algo más que un museo polvoriento de prestigios pretéritos y marchitos.

Aspiran a que sea el laboratorio y el hogar de una España mejor, la fragua que temple el alma de nuestras juventudes, de donde salgan las nuevas generaciones capaces de modelar un pueblo con vida social orgánica de esta triste masa amorfa que es hoy como ayer nuestro país. Sólo la Universidad, la Escuela Normal, el Instituto, pueden afrontar con éxito esta labor gigantesca de renacimiento nacional y sólo el estudiante puede infundir a los decrépitos cuerpos de enseñanza el aliento de vitalidad que los reanime e incorpore con energías creadoras. La acción removedora de las juventudes universitarias de América es ejemplo preclaro. Ellas contribuyeron como nadie a crear la Universidad nueva, hoy próspera y fecunda, liquidando la triste herencia escolástica de la época colonial.

Recogiendo los imperativos apremiantes de la hora, los estudiantes salmantinos se agrupan fervorosamente, apasionadamente, en torno de este ideal. Les urge, acaso a ellos más que a ningunos otros, desvanecer el espectro de aquel pasado agobiador, encendiendo la aurora de un día nuevo.

Organo de sus aspiraciones y de sus afanes será este periódico de clase que con el grito del *Estudiante* llama a sí a toda la masa escolar, sin distinciones ni predicamentos de sentimientos confesionales ni de otro orden, que ciertas gentes amañan para dividir a los que unidos serían demasiado peligrosos; sin diferencias ni privilegios de jerarquías sociales dentro de la clase estudiantil ni fuera de ella: desde la Escuela hasta el Ministerio, cuantos se sientan estudiantes o sientan la misión sagrada del estudiante en nuestra sociedad, cuantos tengan la sed de ideal del estudiante, aunque no se hallen inscritos como tales en la matrícula del Estado oficial, están a nuestro lado.

El Estudiante no quiere ser lengua de comadreo e intrigas

Parliament, Mr. Oliver estudia las funciones de la Oficina Internacional de Trabajo, establecida en Ginebra al lado de la organización política, en perfecta consonancia con sus planes y sus ambiciones; los resultados de su intervención en favor de los obreros; la obra de conferencias recientes que ella ha inspirado. En el prólogo, el Vizconde de Burnham declara que Inglaterra que se industrializó antes que otros pueblos de Europa, debe contribuir, con leyes y en la práctica, a que se eleve el nivel de la vida obrera, a que su propia civilización penetre en las fábricas para redimir las condiciones inferiores; las que exige de todos los pueblos la civilización de nuestros tiempos; de una situación que se prolonga por temor a la concurrencia con la industria de otros países. Ginebra es, en la economía y en la política del mundo, taller de justicia, de solidaridad y de paz.

F. G. C.